

MIS CARIATIDES

Tía Trinidad tenía un tacto de pétalo
afinado por el pasar incontable
de las cuentas del rosario
y era el verbo dar vestido de blanco
con una dulce contribución de lágrimas
en sus ojos verdes otoñales

La otra
—alta y doméstica— pero también dadivosa
como los árboles del Paraíso
era tía Isidora, el otro crepúsculo de ojos cenicientos
como la región donde los pájaros duermen
Ellas sostenían, como las Cariátides, las tardes municipales de
(la historia antigua
donde ahora es Grecia o Granada o Tula
con sus columnas
rotas y el mismo cielo azulísimo repleto de aventuras
y Atenea, tan agorera, tan diosa de barrio
ayudándonos en la lucha contra la noche
siempre inquietante y adusta

Leo a Homero y tía Trinidad espanta las preguntas
(sobre Circe
Los navegantes que cañeron la húmeda cintura de las islas
conocieron la leyenda y la esparcieron en nuestra ciudad
Así llegaron los jóvenes desoyendo (decía)
desoyendo la precavida voz de los viejos
y anclaron en la ensenada
Ahora, cuando el solitario marino escucha
el gruñido de los cerdos
recuerda en blanco mármol a la vejezuela
y se aconseja y sabe
cuánto exige el áspero corazón

Pero tía Isidora era de tierra. De aquella familia
(que bajó con Booz a nuestros valles
para encontrarse con los domadores de caballos
gentes de finos tobillos peregrinos
que fundaron en el corazón de la patria la tierra de promisión
"Ganadería es historia" decían mis abuelos
—ganaderos ellos y nuestros padres—
Nubes de polvo anunciaban a los caminantes en las cansadas
(lejanías
y tía Isidora había aprendido el verbo recibir
con un corazón de posada evangélico y aromado de panadería
Pero cuando el regreso de mi padre
("los príncipes aqueos durmieron toda la noche
vencidos por el plácido sueño/
mas no probó sus dulzuras Agamenón/
pastor de hombres/
porque en su mente revolvía muchas cosas")
cuando el regreso de mi padre mi casa estaba en ruinas. Once
veces mártir mi ciudad se levantó de sus cenizas
urgiendo un canto de Fénix para sus muros arrasados
Pero pasaron sobre ella los mercaderes
y no queda piedra sobre piedra
excepto este mármol, esta Cariátide
alta y doméstica soportando el techo
donde el soldado resguarda su infancia de una lluvia insistente.

PABLO ANTONIO CUADRA

Granada, Nicaragua 1967.